



HANK DELASED

PROYECTO HERODES

LA FORMACIÓN

UNIVERSO
LETRAS 



PARTE 1

Capítulo I

Un chico malo no es bueno para la sociedad

«Mientras remes hacia una sola orilla,
siempre estarás acercándote a tierra.»

Esto lo había escuchado en más de una ocasión Benjamín en la voz del único adulto que le había demostrado que vale la pena confiar en la raza humana: Balandros, un hombre entrado en la madurez con el que solía conversar de vez en cuando y mientras aguardaba en la parada al autobús que le llevaba del módulo de adiestramiento al de internamiento. Un hombre del que no sabía nada, a pesar de las veces que coincidían en aquel lugar. Un hombre que se le acercó un día sin más, siendo muy pequeño y mientras jugaba a sus cosas en una calle de su barrio, y que, apenas murieron sus abuelos, podría decirse que era lo único que le quedó que se parecía a un familiar. Cualquiera diría que lo conocía de otra vida y que había decidido continuar su amistad en esta por esas cosas del destino que nadie puede explicar muy bien. Se llevaban genial. Por supuesto que Benjamín había intentado, llevado por su curiosidad adolescente, averiguar algo sobre aquel sujeto. Algo acerca de su trabajo, de su familia, de su pasado. Pero Balandros era de

mente escurridiza y siempre terminaba por distraer a Benjamín con sus pensamientos y opiniones sobre esto y lo otro hasta que llegaba el autobús y cada uno cogía caminos distintos. Tan solo una vez, uno de esos días en los que tenemos suerte y formulamos la pregunta que sabe dar en la diana de lo que el otro necesita contar, Balandros respondió directo y sin subterfugios, sin evasivas.

—¿Te gustaría salir de Ruelte?

—Ya salí una vez —respondió Balandros sin ningún titubeo, sorprendiendo a Benjamín con su respuesta.

—Y ¿cómo? Dicen que nadie puede salir del país —preguntó de nuevo lleno de intriga el muchacho.

—Renunciando a algo.

—No te entiendo...

—Recuerda esto, Benja. Siempre que persigas una cosa con obsesión, perderás algo de lo que tengas a tu lado.

—Bien, bien —contestó Benjamín un tanto impaciente, pues ya veía que su amigo comenzaba con sus divagaciones—, pero me refiero a cómo conseguiste eludir a los vigilantes. Si dicen que han sido muchos los que lo han intentado y salvo los que tú ya sabes todos han terminado... Me entiendes, ¿no?... —Sesgando con su pulgar el cuello a modo de navaja y sacando la lengua dijo—: ¡Cuaj!

—Mientras remes hacia una sola orilla, siempre estarás acercándote a tierra —contestó el otro con su habitual sonrisa cálida. Y apoyándose en la rodilla del chaval se incorporó para subirse a su autobús, que ya llegaba.

—Y ¿por qué regresaste? ¿Tan malo es lo que hay fuera de los límites? —preguntó a la desesperada y elevando la voz Benjamín por miedo a no retomar nunca esa conversación.

—No es necesario que lo de fuera sea peor para elegir quedarse dentro. La mayoría de las veces elegimos quedarnos por razones que son más de otras personas que nuestras... —Se subió al vehículo.

Benjamín permaneció sentado en la parada y vio alejarse a su amigo. Se había quedado una vez más sin la respuesta que buscaba,

con la incertidumbre de si aquella maldita frase que siempre aparecía en sus conversaciones contendría en el fondo alguna clave para escapar de aquel pequeño país y sus rigurosas leyes. Si tanto la repetía sería por algo, se decía a sí mismo Benjamín. Ya podían estar hablando tanto del módulo de adiestramiento como de la tarta de manzana o de los límites del universo, que Balandros terminaba levantándose para subir al autobús y soltarle aquella frasecita: «Mientras remes hacia una sola orilla, siempre estarás acercándote a tierra».

Ahora aquellas palabras tan cargadas de ambigüedad no paraban de venirle a la cabeza. Benjamín estaba sentado al lado del papanatas que hacía el paripé de abogado defensor en aquel tribunal que tan claro tenía que él era culpable. Se preguntaba cómo habría que interpretar la frase para poner fin a la pesadilla que había comenzado hacía una semana. Como si resolviendo el supuesto acertijo se pudiera volver atrás en el tiempo y evitar que le pillaran por los pasillos del módulo de internamiento pasada la hora del toque de queda. Benjamín había sido llevado al más alto tribunal de menores acusado de desobediencia e ideas revolucionarias. La desobediencia era el germen de lo insalubre, y la rebeldía su consecuencia tóxica y contagiosa. Así llamaban en Ruelte a los que se saltaban las leyes: «insalubres». Malos para la salud y la convivencia. Troncos torcidos incapaces ya de enderezarse. Un error, un mal paso que te desviara un poco de las normas de aquella gente y podías ir redactando tu testamento. El chico no creía haber hecho nada malo. Algo dentro de sí mismo le daba unas palmadas amistosas en la espalda haciéndole sentir que no se debía obrar de otra manera. Una especie de voz interior que en la asignatura de las debilidades del hombre llamaban conciencia y que según los libros y los maestros era algo que había que acallar, pues podría contradecir los dictados del gobierno y terminar empujándonos y alejándonos de la manada. Por supuesto, Benjamín había preguntado sobre todo esto a sus profesores. Si la conciencia es algo que

el ser humano lleva dentro, quizá no fuera tan mala y valiera la pena escucharla... Lo único que recibía a cambio eran castigos y malas caras. Al módulo de adiestramiento se iba a memorizar, a obedecer y a curtirse para ser cooperativo y operativo: ser un *mocco*, que era como se llamaba a los que terminaban graduándose en aquella falsa escuela.

Poco importaba ya todo aquello. Estaba claro que no se graduaría. Las leyes de la comunidad eran claras e inquebrantables: si la haces... la pagas. Por eso todos los adultos en Ruelte eran ciudadanos modelo, porque todo niño, todo adolescente que mostrara cualquier signo de insubordinación... sería juzgado según las normas del Proyecto Herodes. Juzgado por decir algo, porque en realidad aquella pantomima se trataba de un mero formalismo para terminar ejecutando a los chicos malos. Razón esta por la que en aquella civilización solo sobrevivían y llegaban a viejos las personalidades grises, los borregos, la mansedumbre, los que conseguían el título de *mocco*.

Toda aquella disciplina tan férrea hacía de Ruelte una comunidad perfecta, sin pobreza extrema, sin analfabetismo, sin delincuencia, todos cooperando... Se podría decir que aquella sociedad estaba basada en el amor al prójimo. «¿Amor? ¡Y una porra!», gritó para sus adentros el muchacho al darse cuenta de cómo el constante lavado de cerebro al que le sometían en el módulo de adiestramiento estaba haciendo de las suyas. ¿Qué tipo de amor era ese que no perdonaba? El perdón es debilidad, le habían explicado en otra de las clases. Perdonar implica debilitarse ante una mala acción y reforzar el comportamiento negativo de la persona que la ha cometido.

—Benjamín Zasbha, se le declara culpable de alteración del orden público en grado de previsible e inevitable evolución a la corrupción de su alma y del entorno que le rodee. Por lo que este tribunal le sentencia a viajar a Paraíso para proceder a su posible rehabilitación, según establece nuestro único código y por petición expresa de su tutora

Claudie Margat. ¿Tiene algo que decir en su defensa? —interrumpió con voz firme el juez el discurso mental del muchacho.

Acababa de escuchar la sentencia que le había despertado de su ensimismamiento. ¿Paraíso? ¿Viajar? ¿Es que ahora llamaban así al camino que hacían los coches fúnebres al cementerio? ¡Que se fueran al infierno con sus eufemismos! Si pretendían engañarle creándole falsas esperanzas de sobrevivir, con él se equivocaban. De todos era sabido lo que sucedía en Paraíso. Lo había leído en los panfletos revolucionarios del único grupo proscrito en aquella comunidad, Vinseiblis: una sociedad clandestina y rebelde formada por la única pareja que había conseguido escapar de allí. Vinset Cualagar y Blisia Polronac habían sido sentenciados a Paraíso hacía ya años por intentar cruzar los límites de Ruelte. No tardaron en comprender que Paraíso solo era la fachada de un campo de concentración, de exterminio de los insalubres, para sembrar el terror en el exterior y que la gente, presa del miedo, obedeciera a pies juntillas al gobierno con tal de no perder a sus hijos si eran confinados allí. Lo que en aquel aparente parque de atracciones monumental se pretendía era que los que habían infringido las normas se reformaran, comprendieran todo lo que se perdían por no ser ciudadanos modelo y recuperaran la esperanza por comenzar de nuevo. En definitiva, por tener una segunda oportunidad. Y cuando eso sucedía, cuando las ganas por volver al redil estaban en su punto álgido, los ejecutaban para darles un escarmiento por no haberse comportado como se les exigía y, de paso, atemorizar al resto de presos y ciudadanos, demostrando así que lo mejor era someterse a la ley desde el principio. Incluso en la televisión estatal había un programa en el que se emitían documentales acerca de la vida de estas víctimas y de sus intentos por escapar de su exterminio. Macabro y dantesco.

Por supuesto, el gobierno tenía otra versión de los hechos. Defendía que Paraíso era un centro para la rectificación de los ciudadanos jóvenes, que claro que se aplicaba la pena de muerte, pero solo a aquellos que no se reciclaban ni se enderezaban: apenas unos pocos

solamente, un uno por ciento, y a veces ni eso. Claro que se rodaban aquellos documentales, pero no por sadismo, sino para mostrar la agonía que suponía ser insalubre para los propios insalubres, a fin de enseñar al mundo que un alma atormentada no encuentra el descanso si no es dejando de existir. De ninguna manera reconocían que utilizaban métodos para que los chicos malos recuperaran sus ganas de vivir y aniquilarlos en el cenit de su arrepentimiento y esperanza por empezar una nueva vida. Esa calumnia ridícula no dejaba de ser fruto de rumores urbanos propagados por los vinseiblis. No. A todos se los trataba de igual manera. Era el modo que tenían en Paraíso de hacer comprender a los prisioneros que la vida, si se respetaban las normas, podía ser plena y productiva. Para Benjamín la verdad era la que predicaban las leyendas urbanas: allí te cebaban como a un cerdo antes de su sanmartín para luego hacer buenos chorizos con tu sangre. Qué panda de hipócritas y cínicos, pensaba para sí. Interrumpió su discurso mental y pensó por unos segundos qué decir a la pregunta del juez. ¿Qué le quedaba? Nada. Así que ¿por qué no arriesgar?

—¿Que soy un crío y deberían ser más permisivos conmigo? —dijo en una actitud que demostraba qué poco le importaba vivir entre aquella gente.

Su abogado se echó la mano derecha al entrecejo a la vez que balanceaba la cabeza en un signo de reconocimiento de la torpeza de las palabras que el muchacho había utilizado en su defensa. La tutora causante de que Benjamín estuviera ante aquel juez mostraba indignación apretando los dientes por la desfachatez de su tutelado. Parecía aguantar las ganas de saltar y molerlo a palos ella misma. «¡Qué falta de respeto!», se debía estar repitiendo una y otra vez en su cabeza, pensaba convencido el chico.

—Precisamente por ser niño tus actos son sinceros y puros, tu maldad no es aprendida. Eres malo, tóxico. Un ser contaminante —expresó muy rígida y digna aquella mujer sin que nadie le hubiera otorgado la palabra.

El juez puso orden en la sala y dio por concluida la ceremonia judicial declarando firme la sentencia. Benjamín fue retirado a su celda, donde se le prepararía para el traslado a Paraíso. Al pasar por delante de la señorita Margat, esta le guiñó un ojo y le sonrió con sutileza. Lejos de interpretar bien su gesto, el chico dedujo que se estaba burlando de él. Y aunque uno de los carceleros le felicitó por tener la suerte de haber sido condenado a conocer Paraíso, Benjamín no se dejó engañar. Sabía lo que se le venía encima. Pero no les daría el gusto. Ejecutar a alguien que no tiene esperanza ni ganas de vivir no es un castigo, es un premio.

Capítulo II

Las chicas no le gustaban, pero ¿y la chica?

¿Cómo podía estar pasándole todo aquello? ¿En qué lugar se desvió y tomó el camino incorrecto? ¿Acaso uno no podía equivocarse y luego remendar el error? No había matado a nadie. Se había limitado a hacer preguntas llenas de lógica y humanidad durante las clases. ¿No era desproporcionado su castigo? La gota que colmó el vaso de la paciencia de Margat fue, a fin de cuentas, una tontería. Lo único que él había hecho era proteger a Aurelio, un amigo suyo que, por amor a Celia, se había saltado la estúpida norma de no deambular por los pasillos del internado pasado el toque de queda. Amigo por decir algo, porque cuando vio que se libraba de la culpa y que se la adjudicaban a él no dijo nada. Por otra parte, ¿qué iba a decir? Ahora sería él quien estaría a unos días de morir. Normal que se callara como una piedra. Haber dicho la verdad más que en valiente le hubiera convertido en imbécil. O en mártir, que suena mejor pero viene a ser lo mismo.

Todo esto se lo planteaba estático y de pie en la celda a la que había sido confinado mientras contemplaba con cierta despreocupación los muros grises que le mantenían encerrado. Grises como el color de una gran parte de la ciudad. Fachadas turbias y pintarrajeadas con eslóganes de los vinseiblis y de algunos otros rebeldes anónimos que se protegían con la noche para manifestar su descontento. La parte antigua, un vertedero de escombros y edificios abandonados en el centro de la urbe que menguaba conforme continuaba creciendo a su alrededor todo lo nuevo. Como las ondas que se dibujan en el lago al tirar una piedra. Lo que no servía se abandonaba en aquella sociedad. ¿Por qué no rehabilitaban la zona y montaban, por ejemplo, un parque de atracciones? Aunque quizá fuera mejor así. Un parque de atracciones no sería tan divertido como todas aquellas ruinas y las aventuras que uno se podía imaginar con ellas. Había pasado muy buenos momentos en aquel cementerio de historias cotidianas. De hecho, en una antigua tienda de discos que le mostró Balandros en uno de los paseos, él había construido un pequeño refugio adornado con pósteres de artistas que ya no sonaban y de carátulas de vinilos arañadas por la humedad y los cambios de temperatura. Allí pasaban los dos amigos algunas tardes mientras filosofaban sobre todo. Sus compañeros, porque era difícil poder llamarlos amigos ya que la represión a la que estaban sometidos los adolescentes y los niños plagaba de chivatos y traidores el grupo de los púberes, solían bromear con él acusándole de tener aquel cubículo para besar en la clandestinidad a las chicas. Pero para Benjamín las chicas eran solo humanos llenos de rarezas y caprichos que solían convertir cualquier momento intenso en uno lleno de condiciones. Algo así como que tenían que ser el centro de la fiesta o no te dejarían jugar a lo que quisieras, por lo que lo de besar ni lo había probado ni tenía intención; bueno, ni le quedaba ya tiempo para cambiar de idea.

No le importaba demasiado morir, no tenía nada que le atara. Y vivir sometido a un sistema que no permitía ningún alarde de creatividad ideológica no era lo que él entendía por tener una vida. No conocía a

su madre. Por lo visto se quedó embarazada de él muy joven. Tan joven que lo consideraron desobediencia al no ser todavía mayor de edad. Y apenas nació, se supone que la ajusticiaron. Al menos eso le contaron sus abuelos, con los que vivió hasta que también murieron; estos por durar demasiado tiempo. Sonrió en su cabeza y su boca acompañó el gesto. Le resultaba gracioso que vivir mucho terminara matando. Debería ser al revés, pensó. Los que no saben vivir y divertirse deberían no despertar a la mañana siguiente. Sorprendido y algo arrepentido de que le naciera una reflexión tan fría y macabra, lo adjudicó al rencor que en ese momento tenía dentro. ¿Cómo no tenerlo? Era víctima de una injusticia. ¿Qué querían?, ¿que les diera las gracias? De su padre nunca supo nada, si lo ajusticiaron o se libró. Tampoco le daba muchas vueltas a la idea. Un hombre que abandona a un hijo no es su padre. Además, estando solo se evitaba que alguien sufriera por su ejecución.

Ahora le encomendarían una tutora. Era el procedimiento. Casi seguro que sería la señora Claudie Margat. Qué gran placer para ella tener que conseguir su arrepentimiento, reformarle antes de ajusticiarlo. Él tenía muy claro que no se dejaría embaucar. Era ridículo pensar que alguien que sabe que va a morir recobre la ilusión por algo. Y menos cuando es consciente de que todo a su alrededor está orquestado para inducirle, con la intención de hacerle daño luego, las ganas de estar vivo. Seguro que la mayoría de los condenados fingían arrepentimiento, voluntad de obedecer y cambiar a fin de confirmar que habían aprendido la lección y conseguir que los mataran de una vez. Benjamín se divertía pensando en que los idiotas de los tutores y los jueces caerían como moscas en la burla. Se vanagloriarían de su hazaña regocijándose de su saber hacer. «Otro que si hubiera hecho las cosas mejor no habría muerto, cuando pensaba que todo iba a cambiar para bien...», publicarían en el *Diario de Todos*. ¡Qué idiotas! Creían que los mataban arrepentidos y llenos de ilusión y resultaba que no lo estaban... «¡Qué idiotas!», se repetía a la vez que sonreía como un tonto. ¿Qué idiotas?: ¿no serían idiotas precisamente los que hacían

eso? ¡Si morían igual! ¿No sería mejor no fingir el arrepentimiento y durar más tiempo vivo?

Miró aburrido, de tanto pensar para no llegar a ninguna conclusión útil, hacia la puerta de cristal esmerilado que le mantenía aislado del resto de las instalaciones. Una puerta traslúcida y blindada, único orificio que permitía penetrar a la luz del día. El resto de la celda era circular, de modo que las dos camas que había eran dos semicírculos algo separados para que los arrestados tuvieran un trozo de la habitación por el que moverse. Los techos eran muy altos. Casi se podría decir que estaban a unos diez metros del suelo. No entendía muy bien por qué. ¿Temían que se pusieran a trepar para salir por el techo? Tampoco le veía mucho sentido a las dos camas. ¿Se quedaría a dormir su tutor con él? Pensó en que al ser semicircular estaría obligado a dormir en posición fetal. Seguro que lo hacían para que no pudieras estirarte y desperezarte a gusto sin tropezar con las paredes. Iba a decir en voz alta «¡Canallas!» cuando vio dibujarse en la puerta dos siluetas como sombras chinescas: una gorda y alta, y otra frágil y más baja. Se escuchó el ruido del pestillo que la bloqueaba y sin ser abierta del todo entró una muchacha joven, algo mayor que Benjamín, vestida con un chándal marrón y unas zapatillas del mismo color. La puerta se volvió a cerrar detrás de ella. La silueta gorda se esfumó como si de magia se tratara. La chica contempló la estancia. Parecía verla vacía. No detuvo la mirada al cruzarla con la de Benjamín, que permanecía de pie y boquiabierto adquiriendo el aspecto de un muchacho un poco tonto. Los demás chavales a los que había conocido tenían en cuenta esas cosas porque sus padres se lo habían explicado. Estar con la boca abierta provoca en los demás la impresión de que eres tonto. Eso lo echaba de menos, alguien que le hubiera ido enseñando esas picardías. Lo más parecido a un padre que había tenido era su viejo compañero de la parada de autobús: Balandros. Porque sus abuelos habían estado demasiado heridos y cansados como para ocuparse de enseñarle nada. ¿Se extrañaría Balandros de no volver a verle? ¿Lo echaría de menos?

La chica se sentó en el suelo apoyando su espalda en el canto de la cama y estirando las piernas por debajo de la de Benjamín. Este se sentó despacio sin apartar la mirada de la muchacha, tanteando con su mano la altura del colchón para no caer y hacer el ridículo. Ella tarareaba una melodía que a Benjamín le resultaba conocida. No podía identificarla en ese momento pero le sonaba. Se puso a tararearla a la vez a modo de acompañamiento. La joven paró en seco y se le quedó mirando con cierto aire de superioridad.

—¿Vas a ser tú mi tutor? —preguntó.

Benjamín se quedó de piedra. Era lo mismo que él pensaba de ella.

—Creí que serías tú la mía —respondió con una voz un tanto aflautada para la impresión de tipo duro que le gustaría haber mostrado.

—Pues ya ves que tu intuición falla.

—Bueno, tú también te has equivocado —replicó él con chulería.

—No, yo he preguntado. ¿Captas la diferencia, chaval? —Hizo una pausa y continuó—. Yo pregunto lo que no sé, lo que me convierte en inteligente. Tú no preguntas porque crees saberlo, lo que, en contra de lo que pudiera parecer, te convierte en idiota.

¿Qué le pasaba a aquella niña? Desde luego, si se comportaba así fuera de la celda, no era extraño que la hubieran encerrado.

—Y ¿qué has hecho tú para estar aquí? —preguntó recogiendo orgullo Benjamín, pues no le gustaba demasiado cómo le estaba tratando aquella princesita.

—Entrar por la puerta —respondió ella con una sonrisa torcida.

Benjamín, que a pesar de continuar con la boca abierta no se consideraba tonto, llegó a la conclusión de que no le caía bien a su vecina de cama y optó por hacerse el indiferente. Solía funcionar que cuanto más indiferencia mostraba con los que le trataban mal, más atención terminaban prestándole. Ella retomó la canción y él se tumbó medio acurrucado mirando al techo, intentando adoptar una postura de hombre curtido: brazos cruzados tras la nuca y rodillas flexionadas. ¿Cómo hacía la gente para que no se le durmieran las manos? Habían pasado cinco míseros minutos y sentía un hormigueo muy molesto en

los dedos. Así que se incorporó y se sentó como si del borde de una piscina se tratara y estuviera dispuesto a saltar.

—¿Nadie te ha dicho que vestida con esos colores pareces una chocolatina? —preguntó con insolencia a fin de provocar alguna reacción en la muchacha.

Ella se miró de arriba abajo con perplejidad. Sin duda la había pillado de imprevisto el ataque gratuito de su compañero de celda y su ingenio no había sabido reaccionar a tiempo, por lo que decidió obviar el comentario haciendo alarde de la frase «No hay mayor desprecio que no hacer aprecio».

—Me llamo Benjamín —balbució un tanto humillado por la reacción de indiferencia de su compañera de celda. Sin duda esperaba algún comentario grotesco que le diera pie a iniciar una conversación.

—Yo me llamo Azila —respondió por fin con algo de dulzura la chica—. A ver, perdona que te haya tratado así, pero todavía llevo en la nariz la peste del gordo que me ha traído hasta aquí y si algo no soporto son los olores fuertes...

Benjamín se miró los zapatos negros que llevaba. Se lo había recomendado su abogado. Ir pulcro y elegante al juicio era lo mejor, decía el botarate ese. Y total ¿para qué? Ahora tenía los pies doloridos y sudados. ¡Sudados! ¡Y su proyecto de amiga se quejaba de los olores! Se entrelazó los tobillos y recogió los pies hacia atrás intentando esconderlos bajo la cama en un gesto involuntario. La chica se dio cuenta.

—No te preocupes, estamos lo suficientemente lejos el uno del otro y el techo es muy alto. Y tiene ventilación —le consoló la pequeña dama.

—¿Cómo sabes que ahí arriba hay ventilación?

Azila se guardó lo que iba a decir, como si la desconfianza le advirtiera de que era mejor no dar más detalles de lo que sabía y lo que no. Benjamín, ajeno a lo que rondaba por la cabeza de su amiga, ya algo distraído por los rasgos de su rostro, que le resultaban a cada segundo más agradables, y un poco más vulnerable ante la muestra de amabilidad que había demostrado su vecina con su problema de calzado, no insistió en la pregunta.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó ella.

—Catorce, casi quince —respondió él pretendiendo ser mayor.

—Eres un crío. Yo tengo diecisiete para cumplir pronto los dieciocho. ¿Por qué te han condenado? —preguntó ella cambiando de forma brusca la conversación.

Benjamín le explicó el problema en el que se había metido por proteger a Aurelio, ocultando lo de ser considerado rebelde por preguntar y cuestionar demasiado en las clases: su compañero, enamorado de Celia, había ido, pasada la hora del encierro nocturno (como llamaban en el internado a las horas de sueño), a entregarle un poema de amor, con tan mala fortuna que la tutora Claudie había visto a alguien salir del módulo femenino. Aurelio había conseguido llegar a su cama a tiempo y todo habría quedado en nada si Benjamín, aquejado de sed, ya que no bebía nada durante el día porque se le olvidaba, no se hubiera levantado para ir al baño sin llevar puesto el cartel que indicaba adónde se dirigía a esas horas tan intempestivas. Claudie, sedienta de ajusticiar (según él), lo había sorprendido caminando hacia los servicios y había dictaminado que era a él a quien había visto corretear por los pasillos. Lo demás era obvio. Benjamín había sido considerado un insalubre.

—Pero, chico, ¿tú eres tonto? —preguntó sin ningún tipo de tacto Azila.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Chivarme? ¡Habría sido su palabra contra la mía y nos habrían terminado condenando a los dos!

—Podrías haber pedido que revisaran las pertenencias de la novia de Aurelio y que buscaran el poema. Una vez encontrado, habrían sabido que era la letra de él. Y, además, ¡quizá alguna chica te habría defendido! —le increpó Azila como si le preocupara que Benjamín hubiera sido tan torpe y fuera a pagar por ello.

Las chicas... ¡sí que me iban a defender!, pensó para sus adentros el crío. Estaba convencido de que para ellas no era lo que se dice un muchacho muy popular. En realidad, era todo lo contrario. Ellas lo veían como un héroe rebelde, un líder nato al que admiraban en secreto por sus constantes enfrentamientos con los profesores —como muchos de sus compañeros—, pero no se atrevían a profundizar demasiado en su amistad por estar, una y otra vez, metido en líos por preguntón. Eso

podía terminar afectándolas. Él, sin embargo —como a menudo nos pasa por guiarnos por los complejos—, pensaba que no se le acercaban por considerarlo «muy infantil» para su edad. Disfrutaba mucho a solas, buscando tesoros en la ciudad vieja, imaginando conversaciones entre dos árboles, intentando arreglar viejos aparatos que encontraba abandonados en las ruinas de la parte antigua... Fue así como pudo escuchar algunos de los viejos discos que encontró en la tienda abandonada, arreglando con ayuda de Balandros un lector de CD medio roído por el óxido y aprovechando las clases que recibía de operario tecnológico de serie B. Era hábil con las manos, por lo que su adiestramiento estaba encauzado a formar parte de las hormigas que montarían los componentes electrónicos que luego usarían los ingenieros tecnológicos de serie A.

Rememorando ese momento, cayó en la cuenta de que la canción que tarareaba Azila cuando entró en la celda la había escuchado en un CD medio rayado que había en la tienda.

—*¡Runaway Baby!*, ¡de Bruno Mars! —exclamó Benjamín como si hubiera despertado de un coma.

Azila se le quedó mirando como si le faltara algún tornillo. Y de pronto cayó en la cuenta de que estaba hablando de la canción que ella había tarareado.

—Bueno, al menos tienes buen oído musical —le aduló ella.

Benjamín se puso rojo como el cráter de un volcán. Era el primer piropo que recibía de su vecina. Tenía que encontrar algo que decir para dejar escapar ese calor tan extremo que se había alojado en su cara como si una cafetera ardiera dentro de su cabeza.

—¿Y a ti por qué te han encerrado? —preguntó.

Azila se quedó mirando más allá de él, un tanto sobreactuada a fin de hacerse la interesante. A Benjamín le entró un poco de risa al ver lo sería que se había puesto la muchacha, pero le duró poco la diversión.

—Maté a un chico.

—¿Oía mal? —preguntó inocente Benjamín creyendo que se trataba de una broma.

Y la puerta se abrió para servir la cena a los condenados.